

XV

El día en que por segunda vez tiró al suelo su pañuelo (expresión de que se servía Lucrecia Vitel), Carmen había permanecido fiel á sus ideas sobre la belleza: Richard, antes de la cruel enfermedad de que había de conservar eterna señal su cara, pasaba por ser un buen mozo, según pudo ver Jorge de Saire.

La señorita de Lelievre, decidida á no hacer concesión alguna bajo el punto de vista plástico, creyó que, con respecto al estado social, podía permitirse alguna y tener el derecho de dirigirse á un hombre de clase inferior á la suya, ó cuando menos con respecto á su educación y sus ma-

neras. Pensaba que de ese modo tendría más prestigio á sus ojos, y que, deslumbrado por ciertas apariencias, la miraría con cierto respeto.

No se engañó, y Richard había explicado perfectamente en su entrevista con Jorge, la impresión extraña producida en él por aquella fea tan deseosa de agradar y tan experta en el arte de amar.

Por su parte, Carmen pudo por un instante creerse verdaderamente enamorada de Richard, y que había olvidado á Prades. Este último, cansado de luchar contra el público, y de ser blanco de sus injusticias, había dejado el escenario de la Opera Cómica, y renunció por el momento al teatro. Carmen no tenía ocasión de verle ni de oír hablar de él, de reavivar en cierto modo su amor, y el fuego en que ardía iba á extinguirse falto de alimento, cuando la casualidad vino en su ayuda.

Eran las diez de la noche, y salía de casa de Richard, que entonces vivía en la calle de Richelieu. Aunque tenía todo el tiempo á su disposición, puesto que hacía tres meses que había salido de casa de la marquesa de Tourves, y no había aceptado ninguna ocupación, se guardaba muy bien de quedarse en casa de su amante. Su triste aventura con Didier la sirvió de lección para el resto de su vida.

Temía quedarse dormida al salir la aurora, tenía miedo al sol y á las indiscreciones de este astro. Sus citas amorosas las tenía de ocho á diez de la noche, á la claridad dudosa de una ó dos bujías que á veces, hasta por prudencia, apagaba.

La noche en cuestión, en vez de tomar un carruaje para irse á su casa, bajaba á pie por la calle de Richelieu. El tiempo era magnífico, el cielo lleno de estrellas, el piso seco; andaba sin preocuparse de

los transeuntes que, engañados por la amplitud de sus vestidos y el espesor de su velo, la dirigían galanterías y flores. Su paso era ligero, su humor alegre, su corazón tranquilo. Decíase que ese Richard, de quien acababa de separarse, era bueno; que parecía quererla; era en su género un buen mozo, y que valía tanto como el barón de Prades, tan desdeñoso y tan glacial. ¿Cómo había podido tener tanto empeño en entrar en relaciones con aquel rubio soso, afeminado, y cuyo valor artístico era muy discutible, puesto que todas las noches le silbaban? Olvidaba á propósito, para dar más fuerza á su razonamiento, que los silbidos habían sido pagados por ella. ¡Cuánta razón tenía Lucrecia en desconfiar de los artistas y de los tenores! ¡Ah! Estaba ya curada de su amor, podía volver á ver impunemente á Didier, podía...

En esto, al llegar á la esquina del pa-

saje de los Príncipes, se sintió desfallecer. Para no caer, se vió obligada á apoyarse contra las vidrieras de una tienda. Acababa de ver en el pasaje, parado delante del escaparate del primer almacén que había á la derecha, dándole de lleno la luz del gas, á Didier de Prades.

Daba el brazo á una mujer cubierta con un velo, como Carmen, pero joven y bonita, por lo que se adivinaba.

Por la manera de apretarse contra él, de inclinar su cabeza para hablarle, se conocía fácilmente que era una querida ó una mujer enamorada. No parecía él deseoso de sustraerse á aquellos apretones; se prestaba á ello con complacencia, y su mirada, dirigida á su compañera, parecía llena de ternura, cargada de cálidos efluvios.

Carmen, pálida, jadeante, temblorosa, no separaba de él la vista.

Por segunda vez los celos venían á herir su corazón. Pero la herida era hoy profunda, mortal; á Lucrecia, Didier no la había amado, la había codiciado tan sólo por una hora. Carmen lo sabía bien. A ésta, á la que apretaba contra su corazón, la quería, la amaba con verdadero amor. Ella no se engañaba, no podía engañarse.

Y mientras les estudiaba y les espiaba de este modo, sentía, por las palpitaciones de su corazón, por el temblor de sus miembros, por los escalofríos que corrían por todo su cuerpo, que le amaba aún, que le quería con más ardor que nunca.

Había creído que sentía afecto á Richard, ¡pobre de ella! Al estar á su lado soñaba con Didier. ¡No había jamás cesado de adorarle, odiándole! Richard no era nada en la vida de ésta; Richard no existía.

¿Y dejaría á Didier que saborease en paz la dicha de amar y de ser amado? ¡No, imposible!

Didier podía desdeñarla, maltratarla, echarla de su lado; pero no tenía derecho á tener una querida. Ella sabría arrancársele, arrojarle á sus pies, aplastarle, apoderarse de su amante. ¡Ah! en eso no podía tardar mucho, y en aquel mismo momento iba...

Fué á dar un paso, pero inmediatamente se detuvo.

¡Qué falta iba á cometer! ¡qué escándalo iba á provocar! Didier de Prades, cuando la conociese, la rechazaría; la haría detener tal vez... y entonces su compañera se marcharía triunfante, riéndose de la torpeza de Carmen.

No, no quería exponerse á tal afrenta, á tal suplicio; se callaría y dejaría que se marchasen. Pero les seguiría y sabría

quién era aquella mujer; adquiriría noticias de su vida.

La enamorada pareja se alejó del almacén, delante de cuyo escaparate habían sido vistos por Carmen, y, atravesando el pasaje, desembocaron en el boulevard.

Carmen no les perdía de vista, siguiéndoles á diez pasos de distancia.

Subieron por la izquierda, hacia la Magdalena, parándose delante de las tiendas que había aún abiertas, mirando los cuadros, las alhajas, las telas. Parecían colegiales escapados del colegio, felices con respirar el aire libre, y se creían perdidos, porque eran las diez de la noche, los paseantes eran escasos y ella iba cubierta con un velo.

¡Sí, oculta con un velo! ¡No lo estaba para su rival! ¡Olvidados! Carmen no podía olvidarlos nunca.

Habían atravesado los *boulevards* por la

calle de Sèze y de Tronchet y recorrían ahora la calle del Havre, haciendo paradas á cada momento, no ya delante de los comercios, sino en medio de la acera, para hablar mejor, mirarse bien y prolongar el mayor tiempo posible su paseo.

Ella les seguía sin perder ninguno de sus movimientos, y entregados por completo á su amor, sumidos en su poético entusiasmo, no la veían.

En medio de la calle de Amsterdam se detuvieron delante de una puerta grande, y antes de que les abrieran hablaron largo tiempo, cogidos de la mano y sin separar la vista el uno del otro.

Por fin cambiaron el último apretón de manos, se cerró la puerta detrás de la joven, y Didier de Prades se alejó.

Al día siguiente muy temprano, Carmen sabía el nombre y apellido de su rival; se llamaba Marcela de Baud, era bre-

tona y viuda de un diputado por el departamento de las Côtes-du-Nord; vivía en la calle de Amsterdam hacía seis meses nada más, y recibía diariamente al barón de Prades, que según se decía, sería su marido dentro de poco tiempo.

Estos informes fueron suficientes para Carmen y la permitieron vengarse.

XVI

¡Vengarse! Carmen no tenía otra palabra en su boca; pero del dicho al hecho, es infranqueable muchas veces la distancia que los separa.

¿Cómo hacer daño á Didier de Prades, ahora que no pertenecía al público, que se había retirado á la vida privada? Era

invulnerable, sus enemigos no podían hacer presa en él.

Y respecto á Marcela de Baud, su posición parecía ser demasiado modesta para permitirse el lujo de tener señoritas de compañía. Y aunque pensase en ello, Prades la hubiese hecho que no eligiese á Carmen. Esta, pues, no podía tener esperanzas de vivir en intimidad con Marcela y aprovecharse de su situación para perderla, como había perdido á la marquesa de Tourves.

No había medios de turbar su alegría, su infinita felicidad. Les vería dichosos, y con un esfuerzo de su imaginación sería testigo presencial de su felicidad. Les encontraría yendo del brazo, juntos sus corazones. Les vería pasar tranquilos, sonrientes, con los ojos anegados en lágrimas, tocando apenas la tierra, volando por el espacio.

¡Y esa Marcela, esa bretona la conocía Carmen hacía mucho tiempo! Era aquella de quien Didier la habló cierta noche, la noche de la tempestad. La había contado con todos sus detalles sus amores terrestres y marítimos, sus correrías con ella por el valle, sus baños en el Océano. Y Carmen, entonces, le escuchaba tranquilamente, suponiendo que pudiese, porque aseguraba que se había separado para siempre de su compañera de la infancia; pero él la había encontrado viuda, libre y...

¡Cuánto era preciso que la amase para inmolar de ese modo su orgullo! ¡Cómo! se habían jurado fidelidad, y apenas habían pactado entre sí ese juramento, Marcela falta á él para casarse con un desconocido. Por el contrario, él tenía de la infiel un recuerdo sagrado, repetía su nombre á los ecos que le rodeaban, recreaba con

sus amores á todos los oídos, y el día en que, rotos sus lazos, se dignaba ella hacerle una señal, se apresuraba él á acudir para arrojarse á sus pies y pedirla perdón de que ella le hubiese hecho traición!

Pero Carmen, que le amaba con locura, que le amaba hasta el punto de odiarle y de procurar perderle, esa Carmen que el había perdido, que había envilecido, ¿qué hacía?

A aquélla sus besos, á ésta sus insultos. De un lado una vida entre dos alegrías continuas, persistentes, inefables; del otro, el aislamiento, la soledad, crueles recuerdos y el espectáculo de la dicha de ellos. ¿Y por qué la primera goza de ese modo? ¡Porque es guapa! ¿Por qué todos esos sufrimientos y esas humillaciones á la segunda? ¡Porque es fea!

¿Esa fealdad la perseguirá siempre?

¡Pero, desgraciada, qué quieres! ¡Tienes lo que mereces! ¡Tú no estimas más que la belleza de las facciones, la perfección de las formas! ¿Qué te importan á ti la belleza moral, la honradez, la rectitud, la generosidad, el amor al bien, el agradecimiento, el perdón de las injurias? Nada. Esas grandes cosas que por sí solas nos elevan y nos engrandecen, nos purifican y nos divinizan, no las tienes en cuenta para nada; te ries de ellas, ó más bien, ni siquiera te ries, ignoras que existan. Para ti, el cuerpo, la materia, lo es todo. Si la materia es de buena calidad, si se la ha sabido moldear bien, estás satisfecha. Pues bien, el molde en que has sido fundida es deforme, la materia empleada en tu construcción es abyecta; tanto peor para ti, padece y muere, vuelve á ser polvo, á ser humo, ¡miserable! ya que si hubieses tú querido podías ha-

ber sido luz, pureza, radiación, amor y gloria.

Pero Carmen no tenía conciencia del castigo que sufría. No se dijo he sido castigada por donde había pecado, es muy justo; no, sino que murmuró: es una injusticia de la suerte; pero yo haré que esa suerte cambie. ¿Cómo podrá hacerlo? Antes no podía por menos de admirar y respetar la belleza en todas sus manifestaciones. Hoy piensa herirla, hacerla daño. Es que hoy la envidia la incita, los celos la torturan. No obedece sino á malos sentimientos. La vista de la dicha de los demás, ha acabado de pervertirla por completo, de precipitarla en el abismo. Los vicios, que gruñían sordamente en ella, han entrado en erupción; estallan, corren, se desbordan, llevan consigo á todas partes la devastación y la ruina.

La educación que ha recibido, los fu-

nestos ejemplos que ha tenido á la vista, la llevaron, á medias no más, al camino de su perdición. Ella hizo por sí misma la otra mitad del camino.

Burlábase antes de las enemistades, de los sordos rencores, del genio de su padre y de su madre; á fuerza de burlarse de ellos, los había hecho suyos, los había incrustado á su ser.

Los tiene también para su uso particular, completos, perfeccionados; los rencores se han convertido en odios, las vivacidades pueriles ó grotescas de su padre se han trocado, en su hija, en terribles accesos de cólera. Los señores de Lelievre odiaban al vecino, tenían envidia de él; su digna hija ha querido sobresalir por encima de ellos, y odia al género humano.

A no tratarse de naturalezas excepcionales, si inculcáis un defecto en un hijo vuestro, hará de él un vicio; enseñadle á

cometer delitos, y será un criminal. Imbuído en esa idea axiomática, en fuerza de ser cierta, hemos puesto todo nuestro ahinco, en el volumen que ha precedido á este, en definir el carácter de los señores de Lelievre, porque preparábamos así la explosión del carácter de su hija Carmen.

Y así ha sucedido. Cuando Lucrecia Vitel propuso vengarla y hacer daño á quien no se le había hecho nunca á Carmen, ésta no pidió ya, como otras veces, tiempo para reflexionar. Para hacer daño á la señora de Roizel, no esperará á que la humille ó la ofenda á ella. Lo hará sencillamente, porque la baronesa es rica, es hermosa, y sobre todo, porque es amada de su marido.

Declara la guerra á todos y á todas: á todo lo que está alegre, á todo lo que brilla, á todo lo que canta, á todo lo que goza. Guerra encarnizada, implacable, sin

cuartel. Nada la detendrá: ni la benevolencia que puedan otorgarla, ni los favores que la hagan, ni el cariño que por ella sientan, porque su fealdad ha hecho gracia á Richard. Se ha enamorado de una criatura tan extraña, que le causa asombro, y por consiguiente, conmueve su alma.

La maternidad misma no ha enternecido ese corazón endurecido, que ignora toda clase de goces honrados y tranquilos. Ha sido madre, como si mereciese serlo, y se ha guardado de olvidar á Didier de Prades para consagrarse al padre de su hija.

No había hecho callar sus odios, por amar exclusivamente á aquel pequeño é inocente ser, que en su misericordia le enviaba el cielo para llevarla al camino del bien.

No: á su hija no la contempló sino para

encontrarla fea, como amargamente se había quejado de ello Richard á Jorge.

Pero lo que no le había dicho, lo que no sabía, es que la había encontrado fea, porque por aquella época había visto á la niña de Didier y de Marcela y se había quedado extasiada ante su belleza.

No seguiremos á Carmen Lelievre durante estos tres años; no referiremos todos sus crímenes. Dedicaremos tan sólo unas páginas á su permanencia en casa de la baronesa de Roizel, donde Lucrecia Vitel, que no había desistido del empeño de vengarse de ella, consiguió hacerla entrar.

XVII

A pesar de sus malos sentimientos para con el prójimo, Carmen no pudo hacer nada por algún tiempo, por ser imposible; para perjudicar á la señora de Roizel, ni encontrar mancha alguna en su vida.

Despechada y abatida, se dirigió á casa de la señora Vitel, y la dijo:

—No hay nada que hacer en esa casa; la virtud que hay allí ahoga.

—¿Estáis segura de ello?—preguntó Lucrecia con su aire calmoso y su voz tranquila.

—Completamente segura. La baronesa adora á su marido, no comprende á nadie más que á él, no ve sino por sus ojos. ¿Qué